

RIESGO CRÍTICO: MATERIAS PRIMAS ESTRATÉGICAS PARA LA TRANSICIÓN ENERGÉTICA Y DIGITAL



Yolanda Moratilla

En nuestro día a día convivimos con muchos riesgos críticos de los que no somos conscientes, porque no se habla de ello, pero que influyen o influirán significativamente en nuestro modo de vida. A muchos de ellos se les da una solución rápida, cargada de ideología y sin tener en consideración ni la tecnología ni la ciencia. Las consecuencias, por supuesto, las pagamos la ciudadanía. Quizás, deberíamos preocuparnos, al menos, por conocer estos riesgos y saber cómo influirán, en nuestro país, en nuestra ciudad, en nuestro entorno.

Hoy hablaré sobre lo que se llama materias primas críticas. Todas las materias primas minerales han condicionado el desarrollo humano: el cobre, el hierro, el carbón... lo hacen desde los albores de la historia humana. También lo hacen en esta época de desafíos medioambientales, sociales y tecnológicos.

Recientemente en el Ciclo de mesas redondas sobre Materias Primas Críticas organizado por el Instituto de Ingeniería de España, se confirmó que sin el suministro fiable de materias primas críticas no es posible cumplir con los objetivos del Plan para la Transición Ecológica y nuestra industria de la automoción y eólica, que hoy representan el 14% del PIB español, no podrán continuar siendo líderes en Europa sino resuelven esta cuestión e introducen en sus productos los materiales y tecnologías más avanzados (pilas de última generación, imanes permanentes para los motores...).

La transición energética, la digitalización, la transformación hacia una movilidad más sostenible, el cambio del modelo productivo orientado hacia una economía y consumo «sostenibles» necesitan, además de las tradicionales, otro tipo de materias primas, que son muy escasas y que están muy concentradas en determinados territorios (en la actualidad el 98% de las tierras raras proceden de China). Y China ya ha avisado de que revisará su política de exportaciones ya que ellos necesitan cantidades ingentes de estas materias primas críticas para desarrollar su industria y son, además, un «arma» estratégica.

Como ya hemos aprendido con el COVID, cuando un bien es escaso, como sucedió con las mascarillas y los respiradores

y ahora las vacunas, los países restringen exportaciones para priorizar las necesidades internas. Pues esto mismo va a ocurrir con las materias primas críticas.

Un colapso en el canal de Panamá paralizó industrias en todo el mundo, ¿Por qué? Porque falló la cadena de suministro.

Dos ejemplos muy dolorosos y recientes. La amenaza es real, el riesgo crítico. ¿Qué hacer?

Desde hace años asistimos, preocupados algunos, silenciosos los más, a una cascada de declaraciones de buenas intenciones sobre lucha contra el cambio climático, electrificación de la movilidad, digitalización... Con objetivos cuantitativos muy ambiciosos. Pero ¿el camino al infierno está empedrado con buenas intenciones!

En estos últimos días hemos sentido el calor del infierno en el aumento de la factura eléctrica. Nuestra industria, y la industria europea, se enfrenta a la ruptura de las cadenas de suministro. No se puede invertir en desarrollos tecnológicos para los cuales no estén aseguradas las cadenas de suministro de sus componentes. Yo muchas veces me pregunto por qué la mayoría de mis mejores alumnos en ICAI deciden

trabajar en empresas de consultoría, en lugar de en puestos técnicos y la respuesta es triste, porque no hay una industria que les ofrezca un futuro a la altura de su formación y expectativas.

Esto podría cambiar si identificamos en qué áreas industriales podríamos ser líderes en la UE y para las cuales podemos promover una cadena de valor en la que la explotación de nuestros recursos minerales (litio, tierras raras magnéticas, cobre...) nos diese una ventaja competitiva.

Un buen punto de partida es identificar, valorar y explotar los yacimientos de esas materias primas, tan escasas, limitadas y codiciadas y sin las cuales no se podrá cumplir los objetivos de la transición energética y convertirla en el motor de nuestro desarrollo.

Porque ese riesgo es para España una oportunidad, si como se recogen en las conclusiones del Ciclo, España, el Gobierno español, «adopta una estrategia para el aprovisionamiento de materias primas críticas para las industrias nacionales esenciales para la transición energética y digital, especialmente la del coche eléctrico y los aerogeneradores, privilegiando la explotación de los recursos nacionales». También es esencial racionalizar la dispersión normativa y los plazos para las autorizaciones de explotación.

Por supuesto, hay un imperativo que respetar: la sostenibilidad social y medioambiental. Para la medioambiental, en Europa y en España tenemos la legislación más exigente del mundo y disponemos de las tecnologías extractivas que la hacen posible.

Para la sostenibilidad social es necesario que las administraciones y las partes interesadas (las organizaciones sociales, las empresas y las instituciones) construyan el consenso en el que todos sean ganadores.

Desde el Instituto de Ingeniería de España y la Asociación para la Transición Energética nos hemos movilizado para crear el «Grupo español de reflexión y acción sobre materias primas críticas» con el foco puesto en el efecto tractor que pueden tener sobre las cadenas de valor de las industrias clave para la transición ecológica y el desarrollo territorial. Espero que se sumen muchos otros.

Yolanda Moratilla. Presidenta del comité de energía del IIE. Profesora en la U. Comillas-ICAI. Académica de la RADE

Escrito en la pared

¡Es la economía!



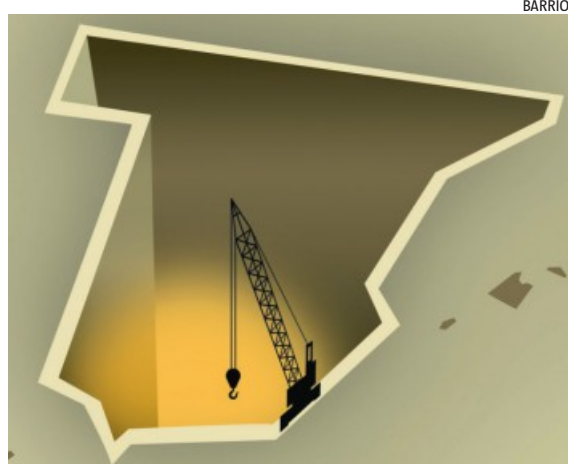
Mikel Buesa

Aunque no lo sepan, una buena parte de los políticos que nos gobiernan creen que esto de la economía es como ir al taller para la revisión anual del coche. La mecánica se ha vuelto muy popular entre ellos mientras hace estragos entre los que, como dijo hace muchos años Andrés Rábago en una de sus viñetas, no entienden de macroeconomía pero saben cuándo les están jodiendo. Esos políticos piensan que la crisis post-covid es cuestión de formar «el Gobierno de la recuperación» y de soltar una buena dosis de verborrea, acompañada de aumento del gasto público, para conseguir que ésta sea, a la vez, «justa, digital, verde y feminista». O sea, una especie de keynesianismo embrollado que, seguramente, haría temblar al propio Keynes si levantara la cabeza y viera hasta dónde han llegado quienes nunca le leyeron en una sociedad que, al parecer de los que se sientan en el consejo de ministros, aspira a estatizar por lo menos la mitad de su economía.

Lo malo del izquierdismo es eso: la mecánica. Que si pongo unas vacunas;

«Su consumo se resiente porque más vale prevenir que curar»

que si me llegan ahora 9.000 millones de Europa; que si luego me lo gasto sin que se sepa quién recibe esa lluvia jupiterina; y todo resuelto porque los mecánicos me dicen que aumentará el consumo y, con él, una felicidad preludio del optimismo que nos llevará de nuevo a la prosperidad. Lo malo es que 9.000 millones no son nada, que el gobierno se ha gastado muchísimo más, sin tenerlo, en el último año, y que tal vez esa abundancia les haya alegrado la vida a algunos, aunque la inmensa mayoría ni nos hemos enterado. A nadie sorprenderá, por eso, que, como acaba de evidenciar el Banco de España, las familias españolas han aumentado su ahorro y se han endeudado. Y ahí tienen sus dineros, buena parte de ellos en activos líquidos, prestos para cualquier eventualidad. Mientras tanto, su consumo se resiente porque más vale prevenir que curar, se dicen, pues ni la pandemia se ha terminado, ni el empleo está asegurado, ni el futuro se vislumbra brillante. ¡Es la economía!



«Un buen punto de partida es identificar, valorar y explotar los yacimientos de esas materias primas, tan escasas, limitadas y codiciadas»